

# VIGILANTES

Hay series que son buenas por cómo cuentan las cosas, por sus análisis o por sus interpretaciones. ‘The Good Wife’ es excelente por el momento en el que llega a las pantallas, por su capacidad para analizar el momento social.

• • • • •

Texto: **Susana Alosete**

## **Que el teclado predictivo de mi móvil**

sepa que después de “*The Good*” viene “*Wife*”, no es una casualidad, sino una prueba más de las muchas sinergias que esta fabulosa serie tiene con la tecnología.

Hasta hace un par de años, si alguien me preguntaba cual era la mejor serie del momento, yo nunca tenía una respuesta clara. Había dramas y comedias que daban la talla, pero imposibles de comparar uno frente al otro; había piezas de algunas otras series incommensurables, pero que se difuminaban en el conjunto, y siempre estaba lo más importante, la opinión personal de cada uno, ese prisma que todo lo cambia y que no podemos controlar.

Y luego llegó ella: Florrick, Alicia Florrick. Y esto no es solo un guiño a Bond, es que primero la conocimos como “señora de” y luego, con el tiempo, fue ganando protagonismo Alicia, hasta convertirse en la estrella de la mejor serie de la televisión actual. Sí, ahora puedo afirmarlo, sin ningún complejo, no tanto por la serie en sí misma, que también, sino por el momento en que ha llegado a nosotros, por la manera en que es capaz de analizar algunas de las más importantes cuestiones legales y éticas relacionadas con la tecnología, por su capacidad para adelantarse a algunas de ellas con una





**AYER O MAÑANA.** Los periodistas de 'The Newsroom' (Canal +) se enfrentan a dilemas similares a los abogados de 'The Good Wife' (Fox España). Pero donde esta se adelanta a su tiempo, aquella revisa casos antiguos para imponer la opinión de su creador. **EFE**

brillantez sorprendente, con una intuición que, en ocasiones, nos hace pensar si no dispondrán de una bola de cristal desde la que analizan un futuro que retratan de forma brillante cada vez que sus abogados reciben un nuevo caso.

Hay series de televisión que son buenas por la forma en que cuentan las cosas, por la profundidad de sus análisis, por unas magníficas interpretaciones o por la manera en que abordan sus tramas. Hay otras que, contando con estos elementos más o menos desarrollados, son excelentes por el tiempo en que llegan a la pantalla, por su capacidad para analizar el momento social. *The Good Wife* es una de ellas. Una que, emitida más adelante, revisada en unos años, tendría un valor bastante menor; aunque su capacidad para analizar algunas cuestiones y dirimir la ética que se esconde tras algunas de las principales disrupciones provocadas por la tecnología sea incuestionable.

Si hay algo que retrata *The Good Wife* como ninguna serie antes son los cambios en la manera de comunicarse de las personas, las complicaciones provocadas por la aparición de tantos nuevos negocios basados exclusivamente en aplicaciones web, por la forma de coordinarse a través de redes sociales, por la aparición de *criptomonedas*, de nuevas formas de hacer transac-

ciones económicas y de pagar por bienes y servicios. Todo ha cambiado tanto en tan poco tiempo que ha pillado a muchas empresas y personas en un fuera de juego permanente, uno que es difícil retratar en televisión y que, escondido tras la apariencia de una serie de abogados más, logra adentrarse en los detalles más sutiles de una nueva forma de trabajar, de hacer negocios, de vivir, hasta el momento inexplorada.

**'The Good Wife' podría ser** una simple serie de gente que demanda y es demandada. En su lugar, sus creadores han optado por mostrar a través de ella la amplia gama de grises que existen en cualquier enfrentamiento entre empresas y seres humanos con opiniones diferentes, con distinto modo de entender las posibilidades que la tecnología ofrece, aunque en ocasiones esto suponga rozar la ilegalidad o hacer entender a los demás que cuestiones hasta ahora no contempladas se destapan como auténticas oportunidades de cambiar –no siempre para mejor– la manera en que se relacionan los seres humanos entre sí, con sus proveedores de servicios o incluso con el gobierno.

Cuestiones tan delicadas como si bitcoin es una moneda (algo prohibido en la legislación norteamericana) o simplemente una herramienta, cosas tan éticamente discutibles como si las empresas tienen derecho a elegir

a sus clientes o pueden rechazarlos en función de sus preferencias sexuales, o escándalos como el de las escuchas ilegales de la NSA, se tratan aquí desde un punto de vista tan natural y con tanta soltura que podría parecer que son situaciones que han existido durante siglos, que los ciudadanos están acostumbrados a lidiar con ellas y que, sencillamente, nos encontramos ante un gran guión y unas interpretaciones de primera. Nada más lejos de la realidad. Tras cada escena de la serie se esconde una crítica al sistema, una llamada de atención, una alerta sobre la dificultad de enfrentarse a un mundo cambiante donde ni siquiera las leyes pueden dirimir algunas disputas, donde solo la dialéctica de una buena defensa o la picardía de una gran acusación terminan por inclinar la balanza hacia un lado que en ningún caso prevalece por ser absolutamente cierto, sino solo por presentar mejores argumentos.

Y es que *The Good Wife* no impone su punto de vista ni el de sus creadores, al contrario de otras series de su tiempo como por ejemplo *The Newsroom*. Ambientada en la redacción de informativos de un importante canal neoyorquino, los protagonistas de esta serie de HBO, cancelada tras solo tres temporadas en emisión que se hicieron extremadamente cortas, se enfrentan en no pocas ocasiones a cuestiones similares a las que los abogados de *The Good Wife* deben defender. Y sin embargo, lo hacen desde un prisma completamente distinto.

Si *The Good Wife* es brillante por adelantarse a su tiempo, por enfrentarse a casos que aún no han ocurrido pero que a menudo vemos en las noticias apenas unas semanas después, *The Newsroom* arranca con su primera temporada haciendo todo lo contrario, eligiendo casos que ya han ocurrido y revisando la forma en que se trataron, para imponer la opinión de su creador, para dejar claro que en su forma de ver las cosas no hay opción para los grises. Que lo que está bien está bien, sin vuelta de hoja, y el resto es periodismo del malo. Puedes comulgar con las ideas de Sorkin o pensar que es un pequeño dictador televisivo, pero si hay algo que no puedes negarle es su capacidad para hacer de su exposición de ideas una épica.

Mucho se ha criticado a *The Newsroom* por la trampa de revisar el pasado y la forma en que se han afrontado

algunas importantes cuestiones noticiables cuando el tiempo ya ha pasado, cuando las investigaciones ya han concluido, cuando todos los implicados han pasado página, vivos o muertos, cuando todas las consecuencias están ahí, disponibles para el autor, para permitirle salir victorioso de una exposición de los hechos en cierto modo tramposa. *The Newsroom* es, por momentos, como una película Disney, una en la que todo sale bien, en la que los finales son siempre felices, una en la que el héroe es un periodista de raza, dispuesto a sacrificar su libertad y la vida idílica con la mujer que ama a cambio de no revelar una fuente, orgulloso de aceptar filtraciones de fuentes secretas, ocultas, pero con información importante y relevante para la sociedad norteamericana que no puede ocultarse bajo ningún concepto.

**Es en este punto en el que** vemos de forma clara como Sorkin utiliza la televisión para entretener, al mismo tiempo que para mostrar su visión sobre las cosas, sobre cómo debe ser el gobierno de un país, sobre cómo debe ser el periodismo, sobre su valor como control de un poder a menudo abusivo. Y también, con cierta amargura, como crítica a su declive, a su ausencia de moral en algunos casos, primando ser el primero en dar la noticia frente a darla bien, a cuidarla con el respeto que merece. Tras una temporada muy criticada por la imagen idílica que daba de la profesión y esa trampa anteriormente mencionada de revisar unos hechos cuando se tienen todos los datos, los protagonistas son castigados en su segunda temporada por no ejercer la necesaria tarea de control de sus fuentes, cayendo en una trampa que acaba con su credibilidad. Es solo con la llegada de la tercera temporada cuando se redimen y terminan siendo ejemplo para la profesión y para la ciudadanía en general.

Más allá de estar centradas en dos sectores profesionales tan complicados como el de la abogacía o el periodismo, suficiente para hacer un retrato del bien y el mal, de las distintas maneras en que la sociedad puede mejorar o incluso empeorar a través de la manera en que sus profesionales se comportan cuando llegan los momentos críticos, ambas series tienen algo en común. Y es esa mirada a la realidad, ese toque de atención a los espectadores que, plácidamente sentados fren-

**Tras cada escena se esconde una crítica al sistema, una alerta sobre la dificultad de enfrentarse a un mundo donde ni las leyes pueden dirimir algunas disputas y los argumentos, no las certezas, prevalecen**

te a su televisor, están recibiendo una información relevante para sus vidas, esencial para su desarrollo como ciudadanos. Aunque ellos no lo sepan, aunque no sean conscientes de que se enfrentan a algo así, ambas series despiertan el interés por cuestiones esenciales de una sociedad en cambio permanente, donde los gobiernos son cada vez más cuestionados, donde la privacidad está cada vez menos valorada, donde el control es cada vez más férreo. Donde se intenta, con excusas amparadas en la protección del individuo controlar cada uno de sus pasos e impedir que accedan a una información cada vez más fácil de conseguir, cada vez más pública y transparente. Es la visión de sus creadores, que puede ser compartida o no por sus espectadores, pero que está suficientemente bien presentada como para hacerla entretenida, como para pasarla por alto si en un momento dado se optara por ignorar el fuerte trasfondo crítico y hasta político que las acompaña.

**¿Sería posible en España** una serie así? ¿Funcionaría? Desgraciadamente, no es habitual en nuestro país que los creadores de series apuesten por ir más allá del mero entretenimiento. Sí, se incluyen chascarillos críticos en comedias como *La que se avecina*, se hacen brillantes diálogos con doble sentido en *El ministerio del tiempo* y hasta celebramos con emoción los cambios de estilo de algunas apuestas como *Vis a Vis*, *Bajo Sospecha* o incluso *El Príncipe*, lo más parecido al retrato de una sociedad complicada en la que los gobiernos tendrían mucho que hacer. Pero desde que hace ya cuatro años *Crematorio* hiciera una valiente incursión en la ficción crítica atacando de lleno la corrupción de ayuntamientos y promotores inmobiliarios, poco más se ha hecho en este sentido.

No parece existir en nuestro país una intención por parte de los productores de ficción de entrar en terrenos pantanosos. O quizá debiéramos decir que no existe posibilidad de que las cadenas se animen a encargar series de estas características. Existe una clara ausencia de interés por abordar determinados temas, y casi me atrevería a decir que es fruto principalmente de la ausencia de interés por parte de la audiencia.

## No parece existir en España una intención de los productores de ficción de entrar en terrenos pantanosos. Casi es fruto de la ausencia de interés de la audiencia

En un panorama audiovisual en el que la producción propia está limitada a unos pocos canales, donde las audiencias masivas son fundamentales, donde los pequeños canales de pago son eso, pequeños e incapaces de afrontar la producción de una serie propia salvo en muy contadas ocasiones, dejar de lado la más elemental trama de buenos y malos, de aventuritas románticas o de risas enlatadas es una apuesta casi suicida. La sociedad no parecer estar interesada en cuestiones grandilocuentes, y en cuanto una pieza es algo más introspectiva de lo que puede resultar razonable para una masa heterogénea de los más de dos millones de espectadores necesarios para considerarla un éxito, resulta barrida de la parrilla por no alcanzar unos resultados mínimos. No es un defecto propio de la sociedad española: tampoco en EE UU series como *The Good Wife* o *The Newsroom* logran unas audiencias abultadas. Pero la particular estructura del mercado televisivo norteamericano hace que con unos resultados más bien discretos, los demográficos o las reposiciones y emisiones en otras cadenas puedan hacer de una serie de audiencia discreta un producto razonablemente rentable.

De la misma manera que ocurre en otros sectores, lo mediano, lo que no ofende o lo que no se pasa de la raya es mucho más sencillo de vender, más fácil de exportar y mejor aceptado. Solo unos pocos creadores, como Sorkin o los King, son capaces de adentrarse en otros terrenos más intrincados, azotando a políticos, haciendo que la audiencia reflexione sobre cosas que en los informativos ve con una cierta coraza, con desinterés, apostando por el espectador inteligente y mostrando a gobernantes y legisladores una cuestión fundamental: que siempre hay alguien vigilando.



@chicadelatele  
Bloguera y crítica de series

